

UN NUEVO COMIENZO

Reflexiones diarias para
Adviento y Navidad



Introducción

**A la acción
de Dios en
el mundo,
la llamamos
revelación por
un motivo.
Porque a través
de todo eso
– la mujer, el
profeta, los
mensajeros,
los signos y
las maravillas
naturales, y las
historias de los
peregrinos –
Dios *revela*.**

Una mujer embarazada está esperando de pie en la fila en el supermercado. Espera en las paradas del autobús, se sienta en el tren, se arrodilla delante de decenas de velas parpadeantes. *¿Quién es ella?*

Un bebé dormita en nuestros brazos, nos parpadea desde el hombro de su mamá, extiende una mano para agarrar un conejo de peluche. Su cara redonda y saludable se abre en una sonrisa enorme. *¿Quién es ella?*

Un hombre sujetando una pancarta está agachado al lado de una intersección. Una voz grita un mensaje sobre el pecado por el radio AM mientras viajamos a toda velocidad a través del campo. Pasajeros en el metro miran fijamente al piso mientras la advertencia de arrepentirse resuena desde un rincón del tren. No reaccionan. Están acostumbrados a ello. *¿Qué les está diciendo?*

La estrella más brillante atrae nuestra mirada hacia arriba en una noche tranquila y profunda. Los vientos nos enfrían, los truenos nos sacuden, el mar se revuelve y parece que nunca se detendrá. *¿Por qué?*

Aquí me encuentro, en medio de todo esto—encuentros, momentos, pérdidas—y mientras todo eso acontece, está claro que estoy libre respecto a la vida y el movimiento que me envuelve. ¿Cómo respondo a todo lo que veo y oigo, a las personas que encuentro en este viaje?

Podría enfrentarlo todo confiando en mi perspectiva, mi punto de vista, mi opinión, aferrándome a mi narrativa preferida, a mi historia, y a lo que yo creo sea en el fondo, mi destino...o podría escuchar.

Se cuenta una historia sobre un maestro zen a quien se acercó un alumno supuestamente ansioso por aprender. El maestro respondió a las preguntas del alumno, vertiendo té en una taza. Lo vertió, y lo siguió vertiendo hasta que la taza se llenó al

punto de derramarse, y el alumno protestó que ya no le cabía ni una gota más. Así fue con el espíritu el propio alumno. ¿Qué esperanza podría tener de aprender, si ya se creía suficientemente lleno? ¿En dónde le cabría algo nuevo?

Yo pienso en esta historia a menudo en el tiempo de Adviento y Navidad. Juan el Bautista, María, los ángeles, el Santo Niño, Belén. Claro, entendido. Dime algo que no sé todavía.

Muy bien. Lo siguiente es lo que no sé:

Cuando veo la cara de ese niño dormitando, aún cuando sea parte de mi propia familia, no sé realmente quién llegará a ser. Sólo descubriré quién es si le observo y escucho. Si le escucho de verdad, con una intencionalidad clara, con apertura y respeto.

Puedo observar a la mujer embarazada, al profeta, a los signos naturales, a los peregrinos en su camino, y a todos les puedo imponer una narrativa, decirles quiénes creo que sean, cuáles son sus intenciones y qué es lo que seguramente están diciendo. Podría yo dejarlo todo detrás sin nunca haberme encontrado de verdad con ninguno de ellos; quizá contenta, pero ciertamente sin haber sido desafiada ni cambiada.

A la acción de Dios en el mundo, la llamamos *revelación* por un motivo. Porque a través de todo eso – la mujer, el profeta, los mensajeros, los signos y las maravillas naturales, y las historias de los peregrinos – Dios *revela*.

Si yo me acerco a todos ellos con mis narrativas ya constituidas,

...¿cómo oiré?

...¿cómo veré?

...¿cómo podré encontrarme con ellos en la verdad y el amor?

Adviento. Navidad. Juan el Bautista. Isaías. La Madona y el Niño. Belén. Ya lo he escuchado todo.

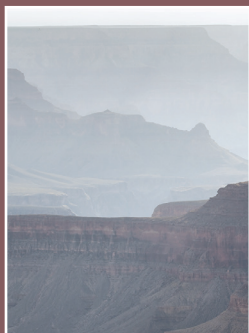
¿Pero, lo he hecho de verdad?

Oración diaria

*Dios amoroso,
Que mi corazón esté
abierto a tu Palabra
Que mi mente
esté abierta a tu
Sabiduría
Que mi vida se
abra a la presencia
profunda y
enriquecedora de
aquella Palabra
hecha carne, hoy y
siempre.
Amen.*



Primer domingo de Adviento



**Es grande.
Pliegues
profundos,
ricamente
coloridos,
tallados en la
tierra, aún más
dramáticos
a través de
aquella niebla
que ahora se
iba disipando.
Antiguo, y aún
así, revelando
algo nuevo en
cada nicho,
cada mirada.**

Eran los últimos días de mayo, pero las pequeñas manchas de nieve aún salpicaban los bordes del camino hacia el Gran Cañón. Mis hijos, residentes de Alabama, estaban encantados.

Habíamos estado en el oeste del país por varios días, emocionados por los paisajes variados que habíamos encontrado en Nevada y la parte sur de Utah. Esas columnas de piedra erosionadas a lo largo de los milenios y esas fascinantes colinas rojas, dunas, y precipicios representaban un cambio muy notable respecto a nuestra vista normal de los bosques de pinos, las montañas boscosas, y los campos de las granjas al este de Mississippi y al sur de la línea Mason-Dixon.

Y ahora... el *Gran Cañón* mismo nos esperaba un poco más adelante.

Debo confesar, sin embargo, que yo había estado nutriendo algunas dudas. ¿Podría realmente cumplir con las expectativas y la publicidad, con ese nombre, “Gran”? Había leído comentarios desdeñosos de algunos turistas que se habían asomado a la orilla del cañón, habían visto lo que describieron como poco más de un gran hoyo en el suelo y realmente, las fotografías lo representan suficientemente bien sin las inconveniencias de viajar: un Gran Hoyo. En el suelo.

En la medida que nos acercábamos, a más o menos diez millas de la orilla, la bruma y la niebla se hicieron más tupidas, y también nuestras preguntas se multiplicaban. Con este clima, ¿íbamos a poder ver algo en absoluto? ¿Valdría la pena ver algo de todo eso? ¿Cuál era la finalidad de este viaje, a fin de cuentas?

La niebla seguía flotando pesadamente a nuestro alrededor mientras estacionamos el coche, nos registramos para la cabaña, y finalmente, después de muchas horas de camino, nos dirigimos al mirador fuera de la hostería de la Orilla Norte.

Bueno. Es *grande*. Pliegues profundos, ricamente



coloridos, tallados en la tierra, aún más dramáticos a través de aquella niebla que ahora se iba disipando. Antiguo, y aún así, revelando algo nuevo en cada nicho, cada mirada. Este monumento natural, una parte icónica de mi conciencia a lo largo de toda mi vida, era un lugar que yo había querido mucho ver, pero al fondo había dudado que podría ser más revelador en persona que en esas imágenes que ya eran tan familiares.

Al comenzar este tiempo de Adviento, yo podría sentir que estas Madonas, estos nacimientos, y estos villancicos son demasiado familiares. Ya sé qué esperar y a lo mejor me siento intimidada por este tiempo si me siento abrumada por la niebla de semanas de actividades, obligaciones, y incluso de soledad.

Pero no lo haré. No me quedaré en la imagen. Seguiré manejando el carro. El amor verdadero, siempre antiguo y siempre nuevo, me llama a través de la niebla, por mi nombre.

*Y la Palabra
se hizo carne
y habitó entre
nosotros. Y
nosotros hemos
visto su gloria.*

Juan 1,14



Lunes



*El centurión
contestó: "Señor,
¿quién soy yo
para que entres
en mi casa? Di no
más una palabra
y mi sirviente
sanará."*

Mateo 8,8

Mi hijo y yo estábamos sentados en la sala una mañana primaveral, leyendo y hablando, cuando oímos un ruido suave de movimiento. Las puertas de la casa estaban abiertas, en frente y detrás, para dejar que el aire fresco pasara, así que supuse que el ruido extraño venía desde afuera. ¿Ramas?

El ruido continuó, y resultó evidente que la causa era un ser viviente. El ruido era intermitente, pero definitivamente urgente, y quizá dentro de la misma casa. Un aleteo. Como... ¿un pájaro?

Nos asomamos para mirar en salón de la casa, y era precisamente eso. Un pequeño pájaro había volado o brincado por la puerta principal y ahora estaba en el alféizar, arrojándose contra la amplia ventana, batiendo sus alas inútilmente.

Desde la perspectiva de esa criatura, el camino hacia el cielo ilimitado estaba despejado. ¿Pero qué era ese obstáculo? Podía ver dónde quería ir. ¿Qué le impedía llegar a su casa?

A través de las escrituras de Adviento, Dios me revela la esperanza. Los profetas señalan la paz, y el fiat de María revela el fruto de la confianza. En un Niño llamado el Emanuel, el amor ilimitado de Dios me muestra dónde vive el amor: aquí entre nosotros.

Lo puedo ver. Oigo la promesa de aquel hogar para el cual fui creada tan amorosa e intencionalmente. Ha llegado el momento para hacer el inventario de mi propia miopía y dejar que el Señor remueva los obstáculos que he construido y me conduzca allá, a Él.

Martes

Hace un par de mudanzas, yo vivía en una casa de los mediados del siglo pasado en un pueblo del Medio Oeste de los Estados Unidos. No era una casa de fantasía, pero era espaciosa y claramente había sido construida a medida. Ese gabinete curioso en la habitación principal, el medallón de mosaico sin razón particular de ser, en medio de otro gabinete... ¿Cuál era su explicación? Todo era intrigante y entretenido, pero supuse que nunca tendría la respuesta.

Hasta que un día, un hombre de unos 60 años de edad vino a la puerta de mi casa.

“Mi padre construyó esta casa”, me dijo, “y yo pasé mi juventud aquí. ¿Le molestaría a usted si yo echara un vistazo adentro?”

Uno por uno, los misterios se resolvieron. Su papá había sido un músico y audiófilo; por eso los gabinetes interesantes fueron construidos para equipos de sonido y bocinas específicos, y para almacenar discos. El medallón de mosaico había sustituido a una bocina redonda.

Y añadió a la hora de irse, indicando un alféizar en el comedor, “Mi mamá siempre tenía una violeta africana justo en ese lugar.”

El hogar de mi fe no es austero, aburrido, o árido. Donde vivo es expansivo, caprichoso, y hecho de manera original a lo largo de los siglos, lleno de tesoros antiguos y nuevos, esperando ser descubiertos. Himnos seculares imploran al Mesías que llegue. El arte y las devociones, el fruto de los siglos de peregrinos compañeros que han usado los dones de Dios para expresar la esperanza en formas hermosas y evocadoras, preparando para ese banquete prometido.

Aquí vivo yo, muy agradecida.

*Yavé de los Ejércitos
está preparando
para todos los
pueblos, en este cerro,
una comida con
jugosos asados y
buenos vinos,
un banquete de carne
y vinos escogidos.*

Isaías 25,6



Miércoles



"Cuando comience a suceder esto, tengan ánimo y levanten la cabeza, porque está por llegarles la liberación".

Lucas 21,28

En las partes del mundo donde existen los cambios de las estaciones, estamos en el medio de una temporada de cambios más bien dramáticos..

Lo que estaba verde ahora se ha revestido de tonos pardos, mucho de lo que estaba vivo se ha muerto, y no se puede hacer más con todo ello que romperlo en pedazos, recogerlo con un rastrillo, y guardarlo en una bolsa o quemarlo: destruirlo.

Pero primero, si hay niños, quizá hay otra posible actividad apropiada para esos montículos secos que nos cansan, como signos de un tipo de fin de los tiempos. Si hay niños, quizá hay tiempo para jugar.

Niños ven las hojas muertas, no como signos fatigosos de la muerte y del trabajo, sino como una oportunidad de vivir en el momento y hacerlo más plenamente. Y brincan.

Jesús, y antes de él, los profetas, hablan del fin de los tiempos. Oímos esas palabras frecuentemente en esta temporada. Nos pueden hacer pausar, contemplando los signos en nuestras propias vidas o en el mundo entero. Hasta nos pueden amedrentar, y llenar de temor.

Pero Jesús señala otro camino para los que creen, para los que han atestiguado su primera venida y esperan con alegría su regreso. En medio de la sequedad y los signos de un fin, la Palabra Viva entra, y nos interpela a ver más allá de la temprana oscuridad, a confiar en Él —y saltar—.

Jueves

Para mí, es muy difícil seguir instrucciones impresas para ensamblar cosas. Debe ser algún tipo de deficiencia en la percepción espacial, porque realmente tengo que concentrarme mucho en ello, tanto cuando aprendí a coser hace décadas como este momento en que examino con perplejidad una hoja de papel llena de diagramas y flechas (nunca palabras), algunas piezas de madera, y algunos tornillos.

Pasar desde lo ideal a lo real es un gran reto para mí.

Me emociona mucho esta narrativa de Adviento que vivo ahora. Encontrar el misterio y la profundidad del amor de Dios, el Señor del Universo que entra en nuestro mundo—mi vida—como un niño indefenso, yo sé que eso es todo lo que necesito para vivir, vivir bien y (Dios mediante) vivir para siempre.

Pero luego, hay la realidad. Un niño se queja. El trabajo me frustra. Mi cuerpo me duele y me falla. El amigo me traiciona. Una pérdida resuena en mi alma. Los que sufren gritan desde alrededor del globo terráqueo, hambrientos, sedientos, encarcelados, enfermos y sin hogar.

¿Como paso de lo ideal a lo real? ¿Exactamente qué debería estar ensamblando?

Los santos me ayudan a entender cómo traspasar el evangelio desde dentro hasta afuera, y especialmente los santos de Adviento. En la forma en que Isabel da la bienvenida, en la apertura de José, la valentía y visión global de Francisco Javier, la generosidad de Nicolás, la receptividad de Juan Diego, y la esperanza persistente de Juan de la Cruz.

En el testimonio que ofrecen, yo veo el imagen del *Emmanuel*.

*El Señor, pues, les
dará esta señal:
La joven está
embarazada y
da a luz un varón
a quien le pone
el nombre de
Emmanuel, es decir:
Dios-con-nosotros.*

Isaías 7,14



Viernes



*Robustezcan las
manos débiles,
...Díganles a los que
están asustados:
"Calma, no tengan
miedo, porque
ya viene su Dios...
Él mismo viene a
salvarlos a ustedes."*

Isaías 35, 3 y 4

Este tiempo de Adviento, este período previo a la Navidad, confieso que no siempre me inunda con memorias felices y entrañables. Durante mi niñez, estas semanas eran inevitablemente un tiempo de mucha tensión y discordia en mi hogar.

Mi mamá nostálgica, añorando, ansiando casi con dolor una niñez idealizada y perdida. Ira porque esos tiempos ya se habían ido, ira porque ninguno de nosotros podía llenar las expectativas creadas por esas memorias y ese pasado idealizado. Mi papá intentando responder, pero sin ayudar para nada por su propia debilidad.

Es posible que estos detalles sean específicos a mi caso, pero mucha gente siente un tipo de ambigüedad similar respecto a estas semanas de Adviento, cada persona por sus propias razones.

Sería irónico que yo dejara que esta temporada fuera definida por la lamentación porque otra persona se negaba o era incapaz de dejar atrás el pasado... lo cual aconteció en el pasado. Muy, muy irónico.

Mientras continúo atravesando estas semanas de oración y preparación, oigo regularmente recordatorios de enfocar en el “verdadero sentido” de la temporada y no distraerme con los aspectos externos ruidosos.

Pero, ¿qué pasa con las cosas internas?

Dios asumió la carne, no en otro mundo, sin en este mundo: mi mundo. Un mundo de oportunidades perdidas, de errores, y de remordimientos arraigados, a veces, en lo que vivimos como niños.

Ahora estamos llamados por otro tipo de niñez. Otro niño en la carne y lleno de vida, no solamente en un pasado lamentable, sino en un presente gozoso de paz reconciliadora, fuerte y sin miedo.

Sábado

Una semana después de comenzar un viaje reciente cruzando el país, me desperté sintiéndome—es difícil escoger una palabra—desapegada, quizá, de mi casa. No es el caso que mi casa fuera tan desagradable que no quería regresar, a pesar del sistema de climatización descompuesto, pero no la extrañaba especialmente tampoco.

Era como si las experiencias que estábamos teniendo eran tan interesantes que dominaban mi conciencia hasta que nada existía fuera del presente. De hecho, ni siquiera había pensado en mi casa desde hace un par de días.

Y entonces esa mañana de domingo, me desperté, y casi me “acordé” de mi casa, pero de manera desconectada, como si hubiera leído sobre ella o la hubiera visto en una película.

Un par de horas después, estaba sentada en una iglesia católica con mis compañeros de viaje, mis hijos. La misa estaba al punto de comenzar. Allí estábamos.

En casa.

Nos acomodamos, y me sentí profundamente en casa en este lugar, más conectada que cuanto estaba con mis libros y muebles a cientos de millas de distancia. Mi sentido de estar vinculada por la gracia a estos hermanos y hermanas, y a los demás alrededor del mundo, se profundizó esa mañana mientras escuchamos, comimos, y bebimos. La Palabra hecha carne había entrado, nos había reunido, y con Él y entre nosotros, estábamos en casa.

Tomó luego los siete panes y los pescaditos, dio gracias y los partió. Iba entregándolos a los discípulos, y éstos los repartían a la gente. Todos comieron hasta saciarse.

Mateo 15, 36-7a

